

Desde la Costa Norte y con la Compañía de Jesús: retazos suelos de mi vida

Sandra Zelaya

La noche del Primero de mayo, en los predios del Centro Técnico Loyola, mientras celebraba los cincuenta años de la huelga bananera de 1954, y mientras escuchaba y bailaba al son de las canciones de los Guaraguao, apretujada entre una multitud de gente apasionada por la memoria y las luchas de los campeños, sentí que mi vida entera se estremecía, como si la tierra se estuviera moviendo. Era mi vida que se movía internamente. Fue entonces que decidí hacer un recuento de mi propia historia, y cómo el Señor me puso, sin que yo lo forzara, en esta Costa Norte hondureña y con esta Compañía de Jesús. Tierra e institución, a las que tanto amo, y desde donde hoy comparto trozos de mi vida. Y lo escribo, quizás para hacerme más dueña de mi propia historia; quizás para librarme de los fantasmas que me han ido persiguiendo en el camino. Sin duda, para agradecerle a Dios por haber bañado de tanto amor a esta mujer que con sus pobres palabras, abre hoy su corazón a sus amigos para entregarles estos retazos suelos de su historia.

Jubilación: esa palabra amarga que me arrancó bruscamente de mis sueños

Vine al mundo en el Hospital de la Compañía Tela Rail Road Co, localizado muy cerca de las playas más bellas de Honduras, en el Puerto de Tela, Atlántida, en el corazón de la

* Colaboradora con este número de Diakonia. 125, (Marzo 2008).

Costa Norte. Mi hogar, integrado por 2 hermanos adolescentes, una hermana ya casada, un padre, empleado de toda su vida en la Compañía bananera, que prestaba sus servicios como tenedor de libros, y por mi madre, mi muy recordada madre, cuya vida fue dedicada exclusivamente a la atención del hogar y la familia.

Mis recuerdos de infancia se remontan al ambiente que era común en toda la zona de la Compañía bananera: Casas de madera, tipo barracón, con amplios patios con árboles de mangos, muebles de caoba o cedro muy bien elaborados, platos, almohadas, colchones, sábanas, toallas y demás enseres hogareños, donde se podía leer un sello impreso que ponía Tela RRCO.

Recuerdo cuando conocí la Iglesia de Tela, un lugar bonito ubicado en la línea divisoria entre la llamada zona americana o Tela Nuevo, y el pueblo o Tela Viejo. Esa semana santa, mi madre nos llevó a mi hermana menor y a mí al vía crucis y a la celebración de la liturgia de la pasión en medio del calor de aquella Iglesia, inundada de gente que en su mayoría vestía de negro, en señal de luto por la crucifixión y muerte de Jesús.

A la temprana edad de 4 años jugaba en el patio de mi solariega casa, con altares contruidos con imágenes de santos de calendarios de años pasados, colocados unos junto a otros, que imitaban los altares de la Iglesia. Compartían sitio san Antonio (patrono de Tela), san José con el Niño, la Virgen de Suyapa y la Medalla Milagrosa, frente a los cuales yo imitaba al párroco diciendo la misa. En varias ocasiones recibí el severo regaño de mi madre por jugar con esas cosas que –según me decían entonces– constituían un grave pecado. Alguna vez, el regaño fue seguido de un certero fajazo. Sin embargo, recuerdo aquellos años mozos en un ambiente que respiraba felicidad, la cual saltaba más a la vista cuando sonaba el pito del vapor que anunciaba que Luis, mi segundo hermano, venía de alta mar, regreso a casa.

Esa alegría, ese ambiente de felicidad familiar, se vio entorpecido una vez que a mis pequeños cinco años escuché a mi madre llorar amargamente. No lograba comprender qué sucedía, porqué tanto llanto y desolación que arrasaba con el am-

biente apacible que había vivido hasta entonces. Al poco tiempo tuve la respuesta. A mi padre le había llegado la hora de la jubilación. Sí, la jubilación, una palabra hasta entonces desconocida. Sí, mi padre estaba jubilado, y para mi madre el mundo se venía abajo. Y no era para menos. Poco a poco fui entendiendo que aquella jubilación estaba asociada con la vida apacible que tenía la familia. La jubilación tenía que ver en directo con el abandono de aquella preciosa y amplia casa de madera, desde donde se percibía la fresca brisa del mar. Aquella jubilación estaba de la mano con mi separación de la familia. Fue mi ruptura con mi familia y con la Costa Norte hondureña. Ya no íbamos a vivir en la casa solariega de Tela, y yo fui trasladada lejos, muy lejos, a un lugar remoto, casi al otro extremo de la Costa Norte, hacia el oriente, más allá de Tegucigalpa, en el Valle del Zamorano, donde vivía mi hermana mayor con su familia. Toda la familia se trasladó a la capital, en un viaje sin retorno. Yo empecé la primaria en el Zamorano, cerca de la capital, y comencé una nueva vida, convencida de no volver a vivir jamás en la Costa Norte.

Desarraigada e íngrima frente a la vida

Con el correr de los años, y ya con la vista puesta en la experiencia de la vida, aquel desarraigo y traslado significó para mí algo parecido a la salida del pueblo israelita de Egipto, cargando todos sus cachivaches. Yo viví mi propio éxodo cuando ni siquiera había comenzado la escuela. A diferencia de aquellas familias que salían de la tierra de la servidumbre con la esperanza de llegar a la tierra prometida, mi familia salía, después de entregar su vida a la compañía bananera, sin expectativas, con un futuro incierto por delante y con 2 hijas pequeñas, que ya percibían que aquella maravillosa vida, se quedaba junto a la orilla del mar.

La vida en Tegucigalpa empezó a transcurrir normalmente. Fueron los años en los que se forjó mi religiosidad al lado de mi padre, hombre muy devoto de la Virgen. Con él aprendí a amar a María, y mi amor y devoción a ella crecía justamente cuando crecía la construcción de la que hoy conocemos como la hermosa basílica de Suyapa, la morenita patrona de Honduras, y mis ojos todavía recuerdan a mi padre trabajando en aquella obra, como encargado del pago de planillas de los obre-

ros. Nuestra casa estaba anclada en el casco viejo de aquella capital, bordeada de cerros y organizada en estrechas callejuelas y callejones de ensueño, y en mi nueva Parroquia de Los Dolores recibí mi primera catequesis y mi etapa de acercamiento a Dios y de menudas amistades que culminó con una linda ceremonia de primera comunión.

Pocos años después, cuando apenas había terminado mi educación primaria, me encontré cara a cara con una nueva experiencia de dolor: el cáncer tocó las puertas de mi familia, y sin pedir permiso, arrancó de un tajo y casi al mismo tiempo a mi padre y a mi madre. En un abrir y cerrar de ojos me encontré sola e íngrima, cuando apenas comenzaba mi adolescencia. A esa edad tuve mi primer pleito con el Señor, y desde mi adolescencia me brotaron las preguntas que nunca dejaron de acompañarme a lo largo de toda mi vida, porque nunca encontré claras respuestas, ante situaciones de dolor que tocan las entrañas: ¿Por qué a mí? ¿Por qué se murieron? ¿Por qué el Señor lo permite? ¿Por qué tanto dolor? ¿Por qué?

Comencé entonces una nueva etapa. Una vida cuesta arriba. Si la etapa anterior la pude comparar con la experiencia bíblica del éxodo, ésta siguiente la comencé a vivir desde las preguntas inciertas y angustiosas de Job. Mi soledad fue acompañada por el apoyo de mis hermanos mayores quienes se preocuparon por mi educación y la de mi hermana, y una vez que terminé el bachillerato, decidí estudiar Trabajo Social, porque veía en esa carrera –todavía muy en tanteos y en balbuceos– la posibilidad de servir a los más pobres, en una interpelación que todavía no tenía una formulación precisa.

Esa Costa Norte que atrae y enamora

Sin embargo, la vida tiene sus caminos, y en ella hace sentir el Señor su voluntad. Ya estaba mi infancia anclada en un pasado cada vez más remoto, cuando al mes exacto de haberme graduado, se me presentó de golpe la oportunidad de trabajar en una guardería infantil en El Progreso, a unas decenas de kilómetros de donde había dejado mi ombligo y mis primeros años de infancia. Algo se estremeció en mi vida, y no lo pensé dos veces. Firmé de inmediato un acuerdo con el Ministerio de

Trabajo y Previsión Social, mediante el cual me comprometía a administrar la Guardería Infantil N° 6 que había sido construida por el Sindicato de Trabajadores de la bananera (Sitraterco) para que los hijos de las mujeres trabajadoras en las empacadoras de la Compañía Tela RRCO fueran cuidados mientras sus madres laboraban. Y sin seguir pensándolo dos veces, me encontré viajando de regreso a la Costa Norte, sin saber en aquel momento que aquel retorno sería para siempre, para sembrarme, como cuando una plantita se arranca del macetero para sembrarla por siempre en la tierra. Tegucigalpa había sido tan solo un macetero, tierra de paso, sin profundidad. Mi tierra verdadera estaba en la Costa Norte, desde donde hoy escribo para compartirles estos retazos de mi vida.

Los primeros tres meses fueron muy difíciles. El ambiente de la capital es muy cerrado. La propia geografía hace por los cerros que circundan la ciudad, que la gente se sienta atrapada en un encierro. La gente de la capital vive viéndose a ella misma, como si el mundo fuera de los cerros hacia adentro. Algo de ese encierro interno se vino conmigo cuando salí de la capital. De pronto, me encontré en otro mundo, un mundo de puertas abiertas, un mundo con un horizonte muy amplio. Los cerros de la capital lo aprisionan a una. Los cerros de El Progreso una los mira allá, a lo lejos, y una puede mirar mucho más allá de sus hombros, con la mirada erguida. En la capital una mira para abajo. Cuando llegué al Valle de Sula comencé a ver hacia delante, con la mirada puesta en unos cerros lejanos y en una amplia planicie. Me encontré con gente desconocida que me saludaba. Al no tener amigos, ni conocidos, se me ocurrió acercarme a la Iglesia Las Mercedes para oír misa, y como no tenía otro sitio a donde ir después de trabajar en la guardería, me convertí en asidua feligrés, de misa diaria. Allí me hice de un grupo de amigas que también asistían diariamente al templo. Hace 35 años de ese retorno a la Costa Norte y de vivir en El Progreso, y aquellas amigas con las que me apiñé en torno al templo de Las Mercedes, siguen siendo mis amigas del alma.

La Compañía de Jesús con su amplia mirada de la Vida

Y esa mirada amplia que me ofrecía el territorio abierto del Valle de Sula, se hizo mirada amplia de Vida cuando me encon-

tré con los Padres Jesuitas, y esa Compañía de Jesús que me ayudó a poner firmes mis pies en la tierra. En ese tiempo, la Compañía de Jesús estaba presente en Honduras a través de los sacerdotes y hermanos provenientes de la Provincia de Missouri, Estados Unidos, y por un número menor provenientes de la Provincia de Castilla, España.

No puedo olvidar mi primera experiencia en la parroquia Las Mercedes. El párroco, Roberto Sullivan, organizó una campaña de evangelización, la cual consistía en la proyección de unas películas con el tema de los misterios del rosario y el lema “la familia que reza unida, permanece unida.” Era una jornada de 8 días, durante las cuales se presentaba una película con 2 misterios diarios del rosario; después de la proyección, dos personas hacíamos una reflexión sobre la aplicación del misterio en la vida cotidiana. Las presentaciones se hacían frente al templo parroquial, en el parque Las Mercedes, y en algunas noches se aglutinaban hasta unas cuatro mil personas. Estoy hablando de tiempos en que todavía no existía la televisión en la mayoría de las viviendas, y las otras denominaciones religiosas no pasaban de dos o tres iglesias tradicionales, muy reconocidas. La gente se colocaba calladita frente a la pantalla, y disfrutaba enormemente de aquella película, y de igual manera atendía con esmero la reflexión que animaba a vivir la fe y compartirla en familia, haciendo resaltar los valores humanos y cristianos, así como las responsabilidades de los miembros del grupo familiar, el respeto a los demás y a sus pertenencias, y en definitiva a la cordial y amena convivencia a nivel de barrios y la comunidad en general. A mí personalmente, aquellas imágenes de observar tanta gente reunida alrededor de un púlpito en alto, me hacía recordar a las multitudes reunidas en torno a Jesús, cuando se juntaban a escuchar su mensaje en los montes y llanos de Galilea. Cuando miro esas etapas de mi vida, no niego que suelo compararlas con la experiencia que una encuentra en la Biblia. Si mi niñez y adolescencia la puedo comparar con la experiencia bíblica del éxodo y el sufrimiento de Job, mi encuentro con El Progreso y la Compañía de Jesús es, para mí, como el ingreso al Nuevo Testamento, como esa nueva alianza que el Señor sella conmigo, y me abre a la escucha de su Palabra junto a mucha gente ávida de buenas noticias.

Después de este primer contacto con la parroquia, empiezo a participar haciendo lecturas en las eucaristías, en procesiones y cualquier otra actividad que organizaba la misma. Por ejemplo, integré, junto con otros laicos, un equipo de apoyo a la Clínica Las Mercedes, a la que le llamaban la clínica de los pobres, la cual era dirigida por una hermana religiosa de la Congregación Notre Dame y ofrecía consultas médicas y tratamiento a la gente más pobre de la ciudad y las aldeas circunvecinas.

El primer asomo a la dimensión social de mi fe

En 1974 tuve la primera experiencia de vulnerabilidad ambiental en nuestro país con la presencia del huracán Fifí, que a su paso destruyó varias comunidades especialmente en la zona norte del país. De entrada, la parroquia organizó comisiones para atender a los miles de damnificados, y yo me integré en la de preparación de alimentos que tenía su sede en el gimnasio del Instituto Notre Dame. Desde allí salían los helicópteros hacia los campos bananeros, donde la gente permaneció sobre los techos de sus viviendas por más de una semana. En un segundo momento, desde la guardería infantil también nos organizamos para atender la emergencia, y es así que esta institución se convierte en el comedor de los niños (de 0 a 12 años) damnificados de los barrios y aldeas que habían sido albergados en las 8 escuelas, que en ese tiempo existían en la ciudad y que fueron habilitadas para tal fin.

A raíz de la emergencia que produjo el huracán Fifí, se desencadenaron muchas actividades pastorales en la parroquia Las Mercedes. Una de ellas fue el inicio de un espacio en Radio Progreso para un programa radial, 2 veces a la semana, dedicado a las madres de la población infantil que atendíamos en la guardería y que enfocaba su temática a la educación en materia de salud, higiene y nutrición de los pequeños. En 1978, siendo Superior de la Compañía de Jesús en Honduras el P. Patricio Wade, se me presentó la oportunidad de administrar un proyecto de Chile y recuperación de fondos de las viviendas, dos proyectos implementados como apoyo a los damnificados de la zona rural de la parroquia Las Mercedes, que en ese momento, se extendía desde Agua Blanca Sur hasta Urraco Pueblo, inclu-

yendo los campos bananeros y las aldeas del Norte hasta To-yós. Con un pequeño equipo dimos continuidad a ese proyecto de siembra de chile, el cual apoyaba a los grupos campesinos que tenían tierras aptas para el cultivo y a quienes se les financiaba el cultivo dotándolos de semilla, insumos, asistencia técnica y la comercialización del producto con la fábrica Tabasco de Estados Unidos. Los préstamos se cancelaban con la cosecha. Por espacio de tres años estuve trabajando en este proyecto hasta que, viendo que el sistema creaba dependencia en los beneficiarios, los jesuitas tomaron la decisión de entregarlo a los grupos productores, para que ellos lo continuaran e iniciaran una negociación directamente con la fábrica compradora. Quiero comentar que gracias al esfuerzo de aquel equipo plenamente comprometido con el trabajo, se logró la mayor producción de chile tabasco que hubo en toda la región centroamericana, llegándose a exportar hasta un millón y medio de libras en un año.

Una vez concluido este proyecto, me integré a atender la oficina del Superior de los jesuitas, con sede en Casa San Ignacio, en donde también estaba ubicado el ERIC, fundado un año atrás, en mayo de 1980. De esa manera comencé a combinar mi trabajo en la secretaría del Superior y el apoyo logístico a las labores de formación y divulgación del ERIC, que en ese entonces impartía talleres para campesinos, cursos de realidad nacional en diferentes diócesis, reflexión y análisis de la problemática del país. Participé en algunos cursos de formación a los caciques de las tribus Xicaques y en dos ocasiones, tuve la oportunidad de visitar el campamento de Mesa Grande para dar apoyo solidario a los hermanos salvadoreños, refugiados por motivo de la guerra civil de El Salvador. Fue una experiencia enormemente rica porque en una ocasión pude presenciar la llegada de varios camiones transportando familias enteras, en su mayoría mujeres, niños y niñas y ancianos, y el recibimiento y la acogida de que eran objeto por parte de los que ya estaban instalados en el campamento, que de lo poco que tenían para su propio consumo, compartían con sus hermanos recién llegados, tratando de hacerlos sentir bien y olvidar el trauma que les dejaba la guerra, la muerte y la separación de sus hijos, esposos y padres.

El entronque con el compromiso de Fe y Justicia

El superior de la Compañía de Jesús también era el Vicario Episcopal del departamento, ya que pastoralmente éramos parte de la Arquidiócesis de Tegucigalpa. Fui nombrada secretaria del Consejo Vicarial, que era la instancia de coordinación e implementación de las líneas pastorales de la vicaría. Serví en esta actividad por espacio de 13 años. Sin embargo, nunca dejé mi trabajo en la parroquia Las Mercedes, con mi compromiso de dar charlas prebautismales y formación de catecúmenos. A partir del año 1983, cuando la Compañía de Jesús destinó al P. Fernando Bandeira como párroco en Las Mercedes, sentí que el compromiso se hizo cualitativamente mayor, porque con su llegada comenzó una nueva etapa de lucha por la justicia a través de la organización, formación y concientización. La antigua clínica de “los pobres” se transforma en el Centro de Nutrición que se mantuvo gracias al aporte de feligreses que compartían alimentos, recursos económicos y cuidado de los pequeños, organizadamente en grupos de apoyo. La “semana de la caridad” que organizaba Cáritas Nacional se convirtió en manifestaciones-procesiones denunciando las causas del hambre y los responsables directos de la pobreza y desnutrición en el pueblo. Comenzó entonces el “Movimiento cultural cristiano”, que se iniciaba con un cursillo apostólico de 3 días intensos de formación y toma de conciencia de la explotación norte/sur y del compromiso que como cristianos tenemos que hacer porque prevalezca la justicia en un mundo plagado de mañas, explotación, arribismos y en el que todas las personas tenemos diversos niveles de responsabilidades en el pecado del mundo.

Surgieron en este tiempo algunos signos de trabajo comunitario como una librería, en donde se vendían libros sobre cultura y formación social, útiles escolares, fotocopias, videos educativos a precios módicos al alcance de los más pobres (estudiantes, trabajadores, etc.). Comenzaron, además, las truchas populares (pequeñas tiendas de venta de productos de consumo básico) que se abastecían de una bodega central que vendía a precio de mayoristas, para que las truchas pudieran ofrecer precios más bajos que los demás negocios en los barrios más pobres. Fue en esta época que el párroco me pidió

que administrara el Centro La Fragua, propiedad de la Compañía de Jesús, pero en ese momento estaba bajo la responsabilidad de la parroquia. Asumí ese compromiso combinando mi trabajo en Casa San Ignacio y apoyando con la administración de La Fragua, compromiso que todavía mantengo luego que el Centro La Fragua ha sido traspasado a la nueva Diócesis de Yoro.

En colaboración con los avatares cotidianos de la Compañía de Jesús

Creo que aquí debo hacer mención de lo que significó la Oficina del Superior por espacio de muchos años (por lo menos 15) que yo atendía. Era el sitio de encuentro de los jesuitas de Honduras, el lugar de recoger la correspondencia que venía a través del correo aéreo, donde se hacían las llamadas dentro y fuera del país, se mandaban faxes, se hacían estenciles electrónicos y en muchísimas veces también se reproducían las copias en los ya desaparecidos mimeógrafos. También se elaboraban las cartas para migración de jesuitas, religiosos y laicos norteamericanos/as y españoles/as. Se vendía el vino que se utilizaba en las parroquias, así como folletos que se elaboraban, libros y biblias. Y en definitiva, se prestaba cualquier servicio a los jesuitas de tierra adentro, en donde los medios de comunicación eran más escasos. Esta relación me permitió conocer a todos los sacerdotes, hermanos y escolares que vinieron a trabajar en Honduras, algunos de los cuales todavía hoy permanecen entre nosotros. Recuerdo cuando en 1989 tuve que ser la portadora de la triste noticia de la muerte de los mártires de la UCA, ya que los jesuitas, precisamente en esa mañana estaban regresando desde Valle de Angeles, de hacer sus ejercicios espirituales. Como en ese tiempo no existían los celulares, fui yo quien recibió la noticia fresquita desde El Salvador y con mi mano temblorosa, fui apuntando cada uno de los nombres de los que habían caído masacrados por denunciar las consecuencias de una guerra en donde nadie salía ganando, y en donde los pobres cargaban con la mayor parte del sufrimiento.

En el año de 1991, se organizó una misión por los barrios, levantando censo de todos los hogares y preparando a los católicos para la santa misión que se tendría un año después, con motivo de los 500 años de la llegada de los españoles y los 100 años del municipio de El Progreso. En esta primera misión

nos involucramos todos los que estábamos en alguna organización de la parroquia: consejos eclesiales, grupos apostólicos, delegados de la palabra, catequistas, legionarias, grupos juveniles; yo integraba el consejo sede Las Mercedes y los grupos apostólicos.

El consejo sede, era el responsable de coordinar todas las actividades de los barrios del centro de El Progreso. Éramos los responsables de realizar las moniciones en la misa parroquial del domingo que se transmitía por Radio Progreso, organizar la fiesta patronal, semana santa, navidad, participábamos en el consejo y asamblea parroquial. Se organizó en ese mismo año, un comité pro reconstrucción de la Iglesia Las Mercedes, que en realidad lo único que mantuvo del templo anterior fueron los campanarios frontales hechos con adobe. En ese comité fungí como secretaria de relaciones, recuerdo que además de una donación que recibimos de Alemania, remitimos cartas de petición de ayudas a una lista de hijos del municipio, radicados en la capital, en otras ciudades y pueblos de Honduras, así como a una inmensa cantidad de hondureños que migraron al Norte, otros países de Centroamérica, México, Canadá o España, así como a los propios vecinos de la ciudad. Esas reuniones semanales del comité, dieron como resultado que para el día del cumpleaños del municipio, inauguráramos una iglesia, totalmente renovada, que nos unía al pasado por medio de sus campanarios, la puerta principal y una fracción del altar mayor y en la que cada progreseño de dentro o fuera del país, podía identificar su grano de arena convertido en un ladrillo, una ventana o una banca.

La experiencia de organización que vivimos con la santa misión del 92 fue muy interesante. Consistió en una semana fuerte de evangelización de todos los barrios y aldeas de aquella inmensa parroquia. Tuvimos la presencia de sacerdotes y religiosas provenientes de los países hermanos de Centroamérica, México, Estados Unidos, España. De nuestras parroquias de Honduras, también nos acompañaron delegados de la palabra y sacerdotes. Se conformaba un equipo por sectores que aglutinaba 3 o 4 barrios, integrado con un sacerdote, un religioso/a y un laico/a, quienes durante una semana compartían la vida con los vecinos de su sector. Fue un trabajo bastante grande el coordinar todo lo que implicaba la estadía de la gente,

pero a la vez una bonita experiencia el poder organizar la dormida y las comidas entre las casas del barrio para un poco más de 100 misioneros. Era un entusiasmo y una alegría poder constatar cómo el equipo desayunaba en una casa, almorzaba en otra y cenaba en una tercera, acompañado de gente del mismo barrio o colonia que les iba indicando en qué casa les estaban esperando para comer. Durante el día se visitaban los hogares y se les invitaba para las reuniones por la tarde/noche. Era impresionante ver las iglesias de los barrios completamente abarrotadas de mujeres y niños en su mayoría, jóvenes y algunos hombres que motivados por aquellos misioneros extraños a su barrio, les invitaban a participar por las noches a las reuniones y a la clausura, el último día. Considero que fue una experiencia nunca antes vivida y que cuando la recordamos se nos inunda el corazón de una inmensa emoción.

Esta santa misión trajo como resultado dos cosas: la división de la parroquia en dos cuasi parroquias que posteriormente se convertirían en las parroquias de Suyapa, en el sector sur y San Ignacio de Loyola, en el norte; además, la organización de la nueva parroquia Las Mercedes en 8 diaconías con un responsable laico en cada una de ellas. El segundo resultado fue la constitución de las CEBs, que siguen funcionando hasta hoy día. Se inició el camino en las CEBs, nos fuimos reuniendo por barrios, comenzamos la formación con un material utilizando el método Ver, juzgar y actuar, partiendo siempre de un hecho de la vida cotidiana, reflexionándolo a luz del Evangelio y con su correspondiente compromiso. También como grupo, asumíamos actividades eclesiales tales como coordinar una hora santa los primeros viernes, el rezo del rosario durante el mes del rosario, la visita de la virgen a todos los hogares del barrio celebrando las flores de mayo y la celebración de las posadas en tiempo de adviento.

Fortaleciendo el Eric y el Apostolado Social en Honduras

En 1997, el ERIC, bajo la dirección del P. Ricardo Falla, agregó a sus funciones de reflexión, análisis y comunicación, un componente de investigación de la realidad de las trabajadoras de la maquila, que por estos años ya se habían constituido en el segundo rubro de ingresos del país. También

el fenómeno de las maras o pandillas callejeras toma auge en esta década, constituyendo un grave problema que los jóvenes en situación de riesgo integrados en las poderosas maras 13 y 18 tenían atemorizada a la población, especialmente de los barrios marginados, y aparte de eso, se mataban entre sí, defendiendo sus territorios. El ERIC se interesa en esta temática comenzando también su labor investigativa y de acompañamiento de este fenómeno que ya era común en los demás países de Centroamérica.

Posteriormente en octubre de 1998, nuestro país es víctima de otro fenómeno natural, que después de 24 años nos hizo recordar aquel fatídico Fifi. Esta vez, el huracán Mitch, con su furia devastadora, atraviesa el territorio hondureño por sus 4 puntos cardinales, dejando al descubierto nuevamente, el alto grado de vulnerabilidad del país como resultado de la depredación y mal uso de los recursos naturales. Como respuesta en esta emergencia se hizo presente la solidaridad del mundo entero apoyando tanto con su presencia como con recursos económicos proyectos de construcción de viviendas para los damnificados y todo tipo de ayudas para devolver la dignidad a tanta gente, que víctimas de una política partidaria excluyente, no participa en la distribución equitativa de los bienes nacionales. Fue para este tiempo cuando empecé a desempeñar de manera directa funciones administrativas en el ERIC, puesto que sus funciones y servicios se ampliaron en respuesta a la población damnificada. Hasta el día de hoy que escribo estas líneas, el ERIC-SJ ha ampliado su cobertura y ha crecido mucho en colaboradores que organizados en áreas de investigación, promoción social, comunicación, administración y consejo socio religioso, seguimos acompañando a las poblaciones empobrecidas de una de las zonas más vulnerables del valle de Sula, la margen derecha del Río Ulúa, los sectores de Guaymas, de la Montaña y de Guanchías, ubicados en tres municipios, El Progreso, El Negrito y Tela.

Con mirada centroamericana y saliendo siempre de los encierros

Quiero hacer resaltar en estos pequeños retazos de mi vida, la importancia que para mí ha significado el haber participado durante el año 2000 en la elaboración del Plan Estratégico

Provincial 2001-2010, en donde nos vimos involucrados e involucradas todas las personas que estamos colaborando con la Compañía de Jesús en esa misión de luchar por la Fe y la Justicia. En el PAP se ha dado relevancia a la participación de los laicos en las obras apostólicas, y se ha comenzado un proceso de formación y de participación en instancias que anteriormente eran exclusivas de jesuitas, como sucede con los Consejos Nacionales Apostólicos. Se comienza a fomentar el interés por la espiritualidad ignaciana mediante retiros y ejercicios espirituales y se nombran laico/as en dirección de obras apostólicas. Yo misma participé en los últimos años en el Consejo Apostólico Provincial y actualmente soy la secretaria del Consejo Nacional Apostólico de Honduras.

Puedo decir que hemos empezado bien el siglo XXI, porque ha sido en esta década cuando por primera vez, los laicos y laicas fuimos llamados a compartir con los jesuitas nuestros sueños y esperanzas en esta misión que, desde hace tantos años, venimos impulsando juntos, que cada vez necesita de nuevos aportes y de un trabajo mancomunado para ir dando respuesta a las necesidades de los más pobres y excluidos de nuestros países centroamericanos.

Y yo he empezado muy bien el siglo XXI. Nací viendo el amplio horizonte del mar Caribe, y fui arrancada con violencia para cruzar los umbrales de la soledad, del abandono y de una vida de encierros. Y hoy estoy aquí, haciendo un recuento de mi vida, confesando que he recibido el regalo de una Vida que sólo tiene su razón de ser en compartirla para que otras personas se abran al horizonte de un Dios que hace sentir su amor y lealtad a la humanidad desde los pobres de la tierra. Y hoy comparto con Ustedes estos pequeños retazos de mi vida por si en algo ayuda a transformar las cortas miradas, los encierros y las derrotas de la vida, en oportunidades para peregrinar hacia la tierra en donde hemos de sembrar para siempre nuestro compromiso y nuestra esperanza.